
TELEVISIÓN, VIOLENCIA Y CULTURA POLÍTICA. LA FORMACIÓN CIUDADANA DE TODOS LOS DÍAS

Enrique E. Sánchez Ruiz

Una “cultura política” es una *configuración de sentido* o campo semántico que se refiere a la organización y a la jerarquía del poder en algún ámbito (familiar, escolar, institucional, comunitario, “nacional”, etcétera), que eventual y finalmente tendrá como principal referente al sistema político constituido y legitimado en la sociedad. Digo “finalmente” porque pienso ahora en términos del proceso mediante el cual se genera en los individuos tal constelación de sentido. El niño de preprimaria puede no saber absolutamente nada acerca del gobierno y sus pormenores, pero sabe ya, muy pronto, que al ejercicio del poder se accede diferencialmente, y en su momento conocerá que la organización asimétrica de los recursos de poder se traduce (o no, según el caso) en la imposición más o menos violenta y arbitraria, o en la discusión negociadora, o quizá se explica por la simple posesión de atributos “naturales” como, por ejemplo, pertenecer a determinado género.

En la escala biográfica, la generación temprana de la cultura política va de la mano con el proceso más amplio de socialización primaria, es decir, mediante mecanismos de aprendizaje de las pautas de significación y de acción “propias” de los entornos sociales en los que el individuo se desenvuelve. Hablamos, entonces, de “socialización política”, misma que va más allá del mero aprendizaje de los nombres del presi-

dente o del gobernador en turno y su gabinete, o de los poderes y niveles de gobierno. Tiene que ver con el desarrollo de cogniciones y opiniones, evaluaciones, actitudes y propensiones a actuar, con respecto a figuras de autoridad, al poder y su distribución en las instituciones sociales –comenzando por la propia familia– y, eventualmente, con respecto a las instituciones y procesos políticos, propiamente.¹ La socialización política, entonces, eventualmente produce como resultado las identidades ciudadanas,² componentes simbólicos centrales de la cultura política, que configuran las formas eventuales de participación en las formas superiores de organización de la sociedad en la que se vive. El “ciudadano” es, entonces, un producto biográfico-histórico de estos complejos procesos de aprendizaje.

Nosotros proponíamos, en un estudio anterior, encuadrar el análisis del proceso de adquisición-producción de la cultura política –socialización política–, en especial en lo referente al papel de los medios de difusión masiva, en términos de aprendizajes incidentales y “educación informal”.³ Es cierto que una cosa es enunciar términos como el de “educación informal” y otra, muy diferente, producir, por lo menos, una buena tipología de formas y ámbitos en los que se desarrollarían estos procesos, los cuales hemos indicado que son asistemáticos y aparentemente desordenados, por lo menos en comparación con el ámbito de aprendizaje por excelencia, que es la educación formal que tiene lugar en la escuela. Sin embargo, lo importante en todo caso era dar cuenta de que la socialización política ocurre en *todos* estos ámbitos de aprendizaje (formales e informales); y que la contribución de los medios de difusión masiva, en la medida en que tiene lugar básicamente a través de su operación de entretenimiento, es *principalmente* en términos de “educación informal”, o mediante el llamado “aprendizaje incidental”.

Aquí hay ya un dato importante: la principal función de la televisión es proveer entretenimiento y diversión, por sobre la información y la

¹ Enrique E. Sánchez Ruiz, “Cultura política y medios de difusión: Educación informal y socialización”, en E. Krotz (coord.), *El estudio de la cultura política en México (perspectivas disciplinarias y actores políticos)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/CIESAS, 1996.

² Julia Isabel Flores Dávila, “Identidades políticas en México”, en Jacqueline Peschard (coord.), *Cultura Política*, México, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública/Universidad Autónoma Metropolitana/Instituto Federal Electoral, 1996.

³ Enrique E. Sánchez Ruiz, *op. cit.*

educación (en un sentido más estricto).⁴ De hecho, a pesar de que, por ejemplo, encuesta tras encuesta nos corrobora que la gente prefiere la televisión a cualquier otro medio para informarse sobre el acontecer político,⁵ es muy claro también que una buena proporción de la información “nueva” que la gente adquiere en cualquier día normal proviene de los formatos y géneros televisivos de entretenimiento que incluyen las telenovelas, las series extranjeras y las películas, pero también los nuevos géneros “pseudoinformativos”, como los “*reality shows*”, clasificados como de “*infotainment*” o “infoentretenimiento”.⁶ Con respecto a las telenovelas, investigaciones empíricas han indicado que personas de diversas condiciones aprendían en ellas sobre la “realidad nacional” además de sobre patrones de comportamiento para solucionar los problemas propios.⁷

En sus primeros años de vida, el ciudadano en ciernes desarrolla su identidad mediante la interacción social-familiar y la observación directa: nos han hablado los psicólogos sociales sobre la “introyección” de roles, proyección del “otro generalizado”, etcétera, especialmente en las interacciones directas,⁸ pero también, y cada vez más, a través de las historias que el sujeto ve y escucha en los medios, en particular en la televisión.⁹ Dice Sartori:

Por encima de todo, la verdad es que la televisión es la primera escuela del niño (la escuela divertida que precede a la escuela aburrida); y el niño es un animal simbólico que recibe su *imprint*, su impronta educacional, en imágenes de un mundo centrado en el hecho de ver.¹⁰

⁴ Esta aseveración sobre la función de entretenimiento de la televisión como “principal” es estrictamente *descriptiva* y no normativa. Es decir, que no estoy afirmando que esto *deba* ser así. Por lo menos en México, en la actualidad, tanto para las empresas televisoras como para las teleaudiencias la principal función pública de la televisión es entretener a las últimas. Por otra parte, en virtud de que el vocablo “educación” tiene ya cristalizadas connotaciones muy fuertes en términos valorativos, en adelante preferiremos el término “aprendizaje incidental” en lugar de “educación informal”.

⁵ Obviamente, con un diferencial por niveles de educación y otras variables. Véase Enrique E. Sánchez Ruiz, “Cultura política y medios de difusión...”, *op. cit.*

⁶ Guillermo Orozco, “Televisión: infoentretenimiento”, en *Mural*, 9 de marzo de 1996, p. 8D; también Guillermo Orozco, *Televisión y audiencias. Un enfoque cualitativo*, Madrid, Ediciones de la Torre/Universidad Iberoamericana, 1996.

⁷ Enrique E. Sánchez Ruiz, *op. cit.*

⁸ Gilberto Giménez, “Materiales para una teoría de las identidades sociales”, en *Frontera Norte*, vol. 9, núm. 18, julio-diciembre de 1997.

⁹ George Gerbner, “The Stories We Tell”, en *Media Development*, núm. 4/1996. (<http://www.oneworld.org/wacc/media/4962.html>).

¹⁰ Giovanni Sartori, *Homo Videns. La sociedad teledirigida*, Madrid, Taurus, 1998, p. 37.

Ahora, ¿qué es lo que hace tan atractiva a la televisión? Bueno, hay factores que tienen que ver precisamente con la videotecnología y la verosimilitud de la imagen que otros estudiosos han descrito adecuadamente.¹¹ También hay otra serie de factores que tienen que ver con el uso de los géneros y formatos de la televisión, que han hecho convertir a la realidad en espectáculo, en palabras de Furio Colombo.¹² Con respecto a esta “espectacularización de la vida cotidiana”, hay un aspecto que, por lo menos en México recientemente, ha causado gran furor y debate, aunque es un tema ya tradicional en las discusiones sobre la televisión: el creciente recurso a la violencia y al amarillismo para atraer y mantener la atención del público en estos tipos de programas pseudoinformativos.

Es sabido que, por ejemplo, de entre la programación tradicional de ficción, las caricaturas –que se supone son programación “infantil”– son en su mayoría muy violentas, además de serlo otros géneros como las series policiacas y varios tipos de largometraje (de aventura, de terror, etcétera). En México, más o menos a partir de 1996, se comenzaron a transmitir con frecuencia programas informativos especializados en la nota roja, que usan recursos amarillistas y escandalosos y que, desgraciadamente, lograron muy altos índices de audiencia (o *ratings*).¹³ Ante la escalada de violencia televisiva, entre 1996 y 1997, ciertos grupos de la sociedad civil, diputados federales e incluso el presidente Ernesto Zedillo, exigieron a las televisoras, que se encontraban enfrascadas en una “guerra por el *rating*”, que disminuyeran la carga de violencia en sus programaciones.¹⁴ Aunque algunos de los principales programas fueron finalmente retirados,¹⁵ en realidad han sido sustituidos por otros simila-

¹¹ Guillermo Orozco, *op. cit.* La verosimilitud que, por otra parte, permite a la televisión mentir públicamente y sin recato, según Sartori, *op. cit.*

¹² Furio Colombo, *Televisión: La realidad como espectáculo*, México, Gustavo Gili, 1976.

¹³ L.M. Fadul, *et al.*, “La pantalla televisiva se pinta de rojo”, en *Nexos*, agosto de 1996. Dicen las autoras: “Treintaún horas de programas de este género se transmitieron en la primera semana de julio de 1996 en los canales de la televisión de la ciudad de México, sin contar la sección de nota roja formal que cada vez cobra más presencia en los noticiarios, además de otros programas (series, películas y especiales) que también dedican su tiempo a los hechos de violencia.”

¹⁴ Véase, por ejemplo, “La petición de Zedillo de suprimir los programas de nota roja en televisión, desestimada”, en *Proceso*, núm. 1035, México, 1o. de septiembre de 1996; Raymundo Riva Palacio, “La contrarrevolución moral”, en *Público*, 22 de septiembre de 1997, p. 13; “Censura Zedillo la ‘obstinación’ por la violencia en la TV”, en *El Financiero*, México, 18 de octubre de 1997, p. 16; “Para alimentar una audiencia creada por ellos mismos, Televisa y TV Azteca incitan a la violencia y nutren el miedo colectivo”, en *Proceso*, núm. 1096, México, 2 de noviembre de 1997.

¹⁵ “Polémicos hasta el fin. Presidente aplaude decisión de televisoras”, en *Reforma*, México, 7 de noviembre de 1997, México, Sección Gente, p. 1.

res, y ya dejaron su marca, por ejemplo, en el estilo de informar —muy similar en Televisa y TV Azteca— de los principales noticieros. Pero, ¿qué tiene que ver la violencia televisiva con la cultura política y la educación cívica? Es interesante al respecto el punto de vista de Karl Popper, que se refería a la televisión inglesa y europea en general:

Lo que la gente de la televisión debería aprender en lo sucesivo es que la educación es necesaria en toda sociedad civilizada y que los ciudadanos de dicha sociedad —es decir, los ciudadanos civilizados que manifiestan un comportamiento cívico— no son producto del azar sino del proceso educativo. Ahora bien, *la civilización consiste esencialmente en reducir la violencia*.¹⁶

Al parecer, en México la programación televisiva es, entonces, cada vez menos “civilizada” en términos de Karl Popper. Esto, porque como hemos comentado antes, al contenido violento tradicional de las caricaturas, las series y los largometrajes, ahora se le ha sumado, cada vez más, el recurso al sensacionalismo y la virulencia en la cobertura de crímenes y todo tipo de actos delictivos, tanto en los noticieros “normales”, como desde luego en los nuevos espacios informativos de corte escandaloso que han proliferado en los últimos años. Como sea, personalmente concuerdo con el filósofo inglés en que el grado más alto de civilidad, incluso lo que podríamos llamar una cultura política democrática, es aquella que *prescinde de la violencia*, por ejemplo, para dirimir los conflictos y desacuerdos mediante el diálogo (“debate civilizado”). Aunque no necesariamente se logren siempre los consensos totales, sí se aprende con ello a convivir en un ambiente de pluralismo, tolerancia y respeto al punto de vista ajeno y, por consecuencia, de paz y libertad.

El “cultivo” de representaciones televisivas y la educación cívica

Para enmarcar conceptualmente el papel de la televisión como generadora de una cultura política (socialización política), no es pertinente un

¹⁶ Karl R. Popper y John Condry, “La televisión: un peligro para la democracia”, en A. Venegas (comp.), *Comunicación. Escenarios múltiples, diversas confrontaciones*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1997. Nota, las cursivas en la cita es énfasis añadido por este autor.

enfoque con referencia al corto plazo, sino uno de mediano alcance. Por ejemplo, el enfoque sobre el “establecimiento de la agenda” (los temas de preocupación y conversación que proveen los medios, especialmente con respecto a la política) es un marco analítico de corto plazo. Igualmente lo son los que sirven para evaluar la efectividad de alguna campaña o de un programa puntual. El acercamiento de Giovanni Sartori en su *Homo Videns* (*op. cit.*) es de más largo alcance, casi al estilo de Marshall McLuhan, en el sentido de que apunta cambios “antropogénicos”, de orden “perceptivo-civilizacional”. De entre los diversos enfoques teóricos que conozco, hay uno que toma en cuenta las influencias culturales de la televisión, en especial de la violencia televisiva, en el mediano y largo plazos. Esta es la teoría del “cultivo” o de la enculturación, propuesta por George Gerbner.

De acuerdo con la teoría de George Gerbner y colegas, que enseguida describiremos, y con la crítica de Karl Popper, ¿estará la televisión mexicana “cultivando” el regreso a la “barbarie” al transmitir tanta violencia? Como ya indicamos antes, en México hay la percepción generalizada de que la violencia se está incrementando.¹⁷ La poca información empírica con que contamos muestra que no se trata solamente de una “impresión”: en un análisis de contenido de los programas con más altos niveles de audiencia de 1997, se encontró “que la violencia está presente en la gran mayoría (83%) de los programas más vistos de la televisión mexicana”.¹⁸ También a nivel latinoamericano existe la percepción de que la televisión es altamente violenta; por ejemplo, en una encuesta reciente de Audits & Surveys Worldwide, en promedio el 55% de una muestra conformada por 6,634 sujetos de siete países latinoamericanos estaba “completamente de acuerdo” en que había demasiada violencia en la televisión. Esta impresión iba de un máximo de 64% en Brasil, a un mínimo de 32% en Colombia, con un 39% para la muestra mexicana.¹⁹ En otro estudio de la misma agencia, se encontró que, en promedio, 27% de personas de entre 12 y 64 años veían en 1997 regularmente los programas de noticias de “crimen”, con un máximo del 54% en Puerto Rico y un mínimo, entonces, del 20% en México. A partir de los datos

¹⁷ Véase, por ejemplo, “Spots en radio y televisión, dosis extra de angustia a la sociedad”, en *El Financiero*, México, 5 de noviembre de 1998, pp. 1, 42 y 43.

¹⁸ López Islas, y A. Cerda Cristerna, “Violencia en la televisión mexicana: un análisis del contenido de los treinta programas con mayor nivel de audiencia”, en *Hiper-Textos*, año 1, núm. 2, febrero de 1999 (<http://www.mty.itesm.mx/dcic/hiper-textos/02/rafayaida.htm>).

¹⁹ En <http://www.zonalatina.com>

arrojados por un análisis de contenido de la programación clasificada como “infantil”, de la televisión argentina, los autores hacían una serie de proyecciones nada satisfactorias:

Si consideramos que el promedio de un menor frente a la televisión durante la programación infantil es de dos horas diarias, entonces tenemos que el niño percibe 39 escenas violentas diarias, sin considerar las que además pueden sumárseles como consecuencia de la publicidad y avances de otros programas de adultos. [...] Esto significa que al cabo de un año los niños de Argentina pueden llegar a ver 14,235 escenas violentas, un 16% más que los niños españoles, según un estudio similar publicado en la revista *Análisis*.

Proyectadas estas cifras a lo largo del periodo de seis años continuos, [...] tendremos que habrá observado 3,110 escenas de muertes, 3 482 de heridos y 21,462 escenas de golpes, lesiones o caídas.

Con un abanico de escenas violentas de variada intensidad, el niño habrá acumulado en su memoria visual desde que tiene cuatro años y hasta los diez, un total de 85,410 escenas violentas.²⁰

En Estados Unidos, tanto en las redes televisivas nacionales como en las televisoras locales, se ha observado un incremento en la cobertura de noticias sobre crimen, en los programas noticiosos. En los programas dramáticos, en las horas de mayor auditorio, el porcentaje de programas con violencia física abierta fue de 58 en 1974, 73 en 1984 y 75 en 1994. El número de escenas violentas cada hora era de cinco; mientras tanto, en los programas infantiles del sábado por la mañana las escenas de violencia ocurrían entre 20 y 25 cada hora.²¹ Comenta George Gerbner:

La violencia es una demostración del poder. Su lección principal es mostrar rápida y dramáticamente quién puede salirse con la suya, con qué y en contra de quién. Tal ejercicio define el poder de la mayoría y el riesgo de la minoría. Muestra cuál es el lugar de uno en el orden social de los picotazos (*in the societal pecking order*).²²

²⁰ Rolando Santos, “Violencia en la programación televisiva infantil”, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, Carrera de Comunicación Social (<http://home.overnet.com.ar/sica/violenci.htm>), 1999.

²¹ George Gerbner, *op. cit.*

²² *Ibid.*, p. 6. “*Pecking order*” se refiere a la jerarquía estable de dominación que establecen algunas aves, como las gallinas, a picotazos.

Desde 1967, Gerbner y sus colegas de la Universidad de Pennsylvania han estado haciendo análisis de contenido anuales de la programación televisiva estadounidense, dentro de un proyecto llamado de los "indicadores culturales"; y desde 1974 realizan encuestas en diversos estados del país vecino para explorar "las consecuencias de crecer y vivir con la televisión".²³ La gran cantidad de violencia que se transmite por el medio ha cultivado, según los hallazgos de Gerbner y sus colegas, el "síndrome del mundo mezquino" (*mean world syndrome*). Es decir, que las personas que más televisión ven y, en consecuencia, se exponen a más programas violentos, tienden a desarrollar la percepción de que el mundo de "allá afuera" es altamente violento y cruel y, por lo tanto, tienen altos índices de desconfianza en sus prójimos, especialmente aquellos que aparecen en la tele con mayor frecuencia como "los malos"; es decir, usualmente individuos pertenecientes a las minorías latina y negra en el caso de Estados Unidos. Aquellas personas que son consumidoras ávidas de televisión consideran que se necesita mayor protección porque "no se puede confiar" en la mayoría de la gente y casi todo el mundo "busca su propio interés".²⁴ De aquí a la dependencia, en algunos casos casi ciega, de las autoridades establecidas. Estos rasgos son algunos de los que caracterizan al síndrome psicosocial de la "personalidad autoritaria",²⁵ que tiene su correspondencia central en el autoritarismo como rasgo de cultura política.²⁶ Entre algunas de las implicaciones más directamente políticas del análisis del cultivo, se ha encontrado que quienes son espectadores ávidos de la televisión (y por lo tanto califican alto en el "índice del mundo mezquino"),²⁷ sin importar si se autocalifican como conservadores o "liberales", resultan más con-

²³ G. Gerbner, *et al.*, "Crecer con la televisión: perspectiva de aculturación", en J. Bryant y D. Zillmann (comps.), *Los efectos de los medios de comunicación. Investigaciones y teorías*, Barcelona, Paidós, 1996.

²⁴ *Ibid.*, p. 51.

²⁵ Véase "La personalidad autoritaria y la organización de las actitudes", en Brown y Roger, *Psicología Social*, México, Siglo XXI, capítulo 10.

²⁶ Véase "Autoritarismo", en *Diccionario UNESCO de Ciencias Sociales*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1975; Pablo González Casanova, "La cultura política de México", en *Nexos*, núm. 45, septiembre de 1981; Isidro H. Cisneros, "Se escribe tolerancia, pero se debe leer democracia", en *La Jornada Semanal*, núm. 269, México, 7 de agosto de 1981; Richard Hillman, *et al.*, "Political Culture and Democracy: Attitudes, Values and Beliefs in Venezuela", ponencia presentada en el congreso de 1997 de la Latin American Studies Association, Guadalajara; Raúl Trejo D., "¿Cultura política? De los medios a las mediatizaciones", en *Medios, Democracia, Fines*, México, UNAM, 1990.

²⁷ Y también, por lo tanto, calificarían alto en la escala de autoritarismo o "escala F" (Brown..., *op. cit.*)

servadores que quienes usan menos la televisión: “Entre los espectadores muy asiduos, los liberales y los conservadores se asemejan mucho más entre sí que los espectadores poco frecuentes”.²⁸ Hallazgos similares han aparecido en otros lugares, por ejemplo, “los adolescentes argentinos que ven más televisión tienen más altas probabilidades de estar de acuerdo en que la gente debería obedecer a la autoridad, en aprobar el establecimiento de límites a la libertad de expresión y en pensar que si uno es pobre es culpa de uno mismo”.²⁹

Al parecer, los hallazgos de Gerbner y sus seguidores muestran que la violencia televisiva, y su consumo ávido, podrían estar cultivando en la sociedad rasgos de cultura política y psicosociales autoritarios, mismos que no “se llevan bien” con un proceso de transición a la democracia, y con los esfuerzos por generar procesos de formación ciudadana cívica, en suma, con una cultura política democrática.³⁰ De hecho, no es la televisión la única fuente de imaginarios que conducen al “miedo social” y contribuyen a ese posible síndrome psicosocial autoritario, especialmente en nuestros entornos urbanos contemporáneos, de suyo altamente violentos.³¹ Sin embargo, no parece existir duda de que ejercen un papel importante. Desafortunadamente, en México no se han realizado todavía investigaciones empíricas que nos permitan comenzar a producir algunas respuestas.³²

Lamento mucho no estar en condiciones de presentar recetas para transformar en un dos por tres una cultura política antidemocrática en una cultura cívica participativa, pluralista y tolerante. Por deformación profesional, soy investigador, suelo producir más preguntas que respuestas. Y en nuestro país, por la falta de más y mejor investigación empírica, tenemos muchas menos certidumbres que las que solemos simular con respecto a nuestras propias configuraciones de sentido refe-

²⁸ George Gerbner, *et al.*, *op. cit.*, p. 54.

²⁹ Michael Morgan y James Shanahan, “Television and the Cultivation of Political Attitudes in Argentina”, en *Journal of Communication*, vol. 41, núm. 1, invierno de 1991.

³⁰ Véase Gerbner, *et al.*, “Charting the Mainstream: Television’s Contributions to Political Orientations”, en *Journal of Communication*, vol. 32, núm. 2, primavera de 1982.

³¹ Véase, por ejemplo, Rossana Reguillo, “Imaginarios globales, miedos locales. La construcción social del miedo en la ciudad”, ponencia presentada en el IV Encuentro de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC), Universidad Católica de Pernambuco, Recife, Brasil, 11-16 de septiembre de 1998.

³² Véase Armando Martín Ibarra López, “El papel de la televisión en la socialización política de escolares de la zona metropolitana de Guadalajara”, avance de tesis doctoral en Ciencias Sociales, Universidad de Guadalajara, junio de 1998.

rentes a los fenómenos y procesos políticos, y sobre las influencias posibles de los medios de difusión en su producción histórica, entre otros agentes de socialización. Creo que es urgente comenzar a realizar las investigaciones empíricas, concretas y específicas, que nos revelen si en nuestra propia realidad la violencia televisiva (complementada, por cierto, con buenas dosis de Nintendo, videos de terror y de acción en los videoclubes, etcétera), estará cultivando un antídoto para el logro de la transición que muchos mexicanos deseamos hacia un orden verdaderamente más democrático.

Si las hipótesis que se han sugerido aquí encuentran fundamento en los hechos, eso quiere decir que es necesario que diversos actores sociopolíticos en nuestro país presionen para que en la agenda legislativa relacionada con los medios de difusión se incluyan estos temas, que son importantes, pero cuya relevancia no se acepta porque no son del orden de la percepción cotidiana inmediata, sino de la acumulación causal del mediano y largo plazos. Hay un sinnúmero de dimensiones más de la operación social de los medios de difusión que tienen repercusiones acumulativas en la esfera política, pero no inmediata ni directamente, en particular en lo que se refiere a la programación y a los géneros de entretenimiento. En lo personal, pienso que si no comenzamos a indagar sobre estos niveles y dimensiones menos aparentes que las campañas y las secciones abiertamente políticas de los noticiarios, estaremos actuando como el fumador que asegura, posiblemente con razón, que “este cigarro no me va a matar”.